

JUANMA VELASCO

Disputando a Caravaggio



LA NOVELA DE AMOR E INTRIGA
QUE LLEGÓ A MANOS DE PAPA FRANCISCO



Disputando a Caravaggio

Juanma Velasco

Disputando a Caravaggio

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: marzo de 2025

© Juanma Velasco, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-129382-5-8
Dep. Legal: M-6214-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La vocación de san Mateo*, Caravaggio
(Capilla Contarelli en la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma)

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Disputando a Caravaggio

Carta desde el Vaticano

En ocasiones, cuando el azar se pone de parte de uno, los sucesos pueden ser extraordinarios, pero solo si se ha abonado el campo donde se cosecha la suerte.

Caravaggio y yo nos fusionamos en esta novela. La contemplación de *La vocación de san Mateo* fue un encontronazo que me llegó a provocar una derivada del síndrome de Stendhal.

Tras la escritura de la novela, el mismo año de la entronización de Francisco como papa, supe que el lienzo de Caravaggio protagonista de la obra era también su favorito.

El que suscribe militaba y milita por igual en el ateísmo que en una admiración sorda hacia un papa que pisaba un suelo diferente al de los anteriores pontífices.

El atrevimiento, otra fe, la certeza de que había escrito una buena novela y la sinergia pictórica con el papa me hicieron perseverar hasta el punto de que la Nochebuena de 2013 este *Disputando a Caravaggio* llegó al Vaticano por una pleamar de circunstancias.

El libro quedó el primero en la pila de los numerosos que le habían obsequiado esa misma noche y llamó la atención del santo padre, que no resistió el impulso de tomarlo en sus manos el día de Navidad.

Y la mañana del 25 de diciembre de ese 2013, Francisco dedicó su tiempo y su escritura a hacerme saber que ciertamente el cuadro era su preferido.

Lee la carta en el envés de la cubierta. Y también, claro está, la novela. Te deberían de gustar. Ambas.

Conciliaciones

Para Michelangelo Merisi di Caravaggio, porque él, con su talento atormentado, pintó lo que uno no sería capaz ni de imaginar y permitió que mi admiración le rindiera tributo a través de la palabra escrita.

Para Álex y Diego, monta tanto, porque sé que algún día esta palabrería que ahora perciben como claroscuro devendrá en luz y les acabará inundando unos ojos menos frágiles a cada rotación.

Para mis padres, aunque ya nunca me vuelvan a leer por su dimisión celular de los trajines del mundo; siguen presentes en tantos momentos en los que me asaltan la soledad y la nostalgia de sus brazos morenos y de sus afectos insustituibles.

Para algunas que desfilan por la parte más caldeada de mis sentimientos. Alguna todavía tiene las rendijas abiertas para retornar, por si tuviera nostalgia de los días de sol.

Para ese manojo de personas que causaron y causan unos efectos colaterales en mi horizonte de sucesos, sin cuya benignidad habría sido

y sería imposible tender hacia este modo de entender la literatura y los vínculos personales. No por innombradas adquieren menor relevancia. Las hay que creen más en mí que yo mismo. Ellas saben sobradamente quiénes son y por qué están.

Y por ese dedo que persigo para que un día me señale y me anuncie: A ti, Juanma, es a ti...

1

EL INVIERNO SUAVE DE LOS MILLONARIOS

TENDIDO BOCA ARRIBA, en su cama de dos por dos, el espejo cenital de su habitación devolvía a Serguéi la imagen de un tipo venido a más corporalmente, que se resistía a cambiar la talla de sus *slips* a pesar de que le oprimían el nacimiento de los muslos más de lo aconsejable para la buena circulación de su sangre siberiana.

Ayudaba a su resistencia para pasar al tallaje superior el poco volumen que ocupaban sus órganos genitales. Desde la pubertad rehuía ducharse en compañía de los de su mismo sexo después de practicar deporte. Cansado de sentirse acomplejado por lo mínimo de sus protuberancias en esas comunas de vaho, dejó de sudar a voluntad a los veinte. Colgó el *stick* y las cuchillas de sus patines y decidió hacerse millonario.

Yuri, su mejor y quizás único amigo y a la vez lugarteniente, solía decir, con una simpleza reconocida, que todos los ricos la tienen pequeña. Serguéi replicaba que sí, pero que también la tenían

incansable, lo que lo alejaba de la previsibilidad del término «jugetona» como respuesta. A sus treinta y nueve, Serguéi Ivanchuck disponía de una flota de seis coches de lujo, una cuadrilla de dieciséis criados y criadas, una plantilla laboral de ochenta empleados directos y miles de indirectos y una casa de asombro en Rublevo-Uspenskoe, la zona más exclusiva de Moscú en la que se concentra el mayor número de millonarios por hectárea del mundo.

Acabado de ducharse, admirador de los colores intensos, escogió un *slip* azul Paul Newman, siempre *slips*, y se volvió a tumbar en la cama. Jamás repetía dos veces el mismo. Según su criterio, estrenar ropa interior cada día representaba una minucia económica que le daba personalidad y confianza. Y una excentricidad estúpida, según el de un Yuri que no se caracterizaba por su diplomacia verbal cuando departía con Serguéi. Lo que no sabía el siberiano era que la servidumbre revendía a un trashumante de mercadillo sus prendas íntimas después de haberles reimplantado la etiqueta. En la Rusia decrepita de los rublos de menos, la picaresca estaba más viva que nunca. Desde que Borís Yeltsin recuperara la hambruna y la tuberculosis para su pueblo, Putin no se había molestado en erradicar demasiado la pobreza y, en consecuencia, la soldadesca social se buscaba un sobresueldo con el ingenio que concede la cátedra de la necesidad.

Serguéi todavía definía como sobrepeso lo que el resto de sus congéneres consideraba como obesidad. Sin apartar la vista del techo, un perezoso hoy Serguéi se agarró ambos costados y las manos desaparecieron entre la abundancia. Se repitió por enésima vez que debería hacer disminuir su masa corporal, pero su dimisión del deporte activo, su pavor al quirófano y una vida social hiper-musculada no dejaban mucha holgura para reducir peso. Quedaba como método de adelgazamiento el tradicional de disminuir la

ingesta de calorías diarias, pero los negocios grandes requieren de mesas y bodegas abastecidas, y lo que más le excitaba en esta vida era ser rico, más rico, más rico que Yaroslav, más que Eugeni, más incluso que el cabrón inalcanzable de Mijaíl.

Espoleado por esa ambición, se levantó con toda la agilidad que su cuerpo le permitía. Llamó a su ayuda de cámara y le pidió que le preparase un terno gris claro.

—La camisa y la corbata las eliges tú. Date prisa, tengo negocios que atender y el ánimo alegre. Me vestiré como si ya fuera primavera, Vladímir. Además, tú y yo sabemos lo que es un verdadero invierno, allá en nuestro Yakutsk nativo. Estos moscovitas son unas mariconas que, cuando la temperatura desciende de menos veinte, se quedan en sus casas para que no les vean temblar. Y a veinte bajo cero un yakuto de cuna todavía se abanica para quitarse el calor.

Los documentos filiatorios del ayuda de cámara lo seguían reconociendo como Svyatoslav, pero Serguéi lo había rebautizado Vladímir porque el nombre se le antojaba más sonoramente aristocrático. El ahora Vladímir ni siquiera había rechistado cuando la nueva propuesta de bautismo. No iba a poner trabas a las extravagancias semánticas de su jefe después de que lo reclutara como su hombre de confianza con un sueldo de ejecutivo occidental por sus buenas referencias y por compartir gentilicio. La llamada le había concedido la oportunidad de huir del permafrost eterno de la capital de Yakutia, una ciudad en la que comienza a nevar ya a finales de septiembre.

A pesar de las notables diferencias térmicas entre el invierno yakuto y el moscovita, afuera, la hostilidad del febrero de Moscú acumulaba centímetros de nieve sobre la ya existente desde mediados de noviembre (temprana este invierno), lo que impedía ver desde entonces el césped maltrecho de la residencia que una

legión de jardineros se encargaría de resucitar para el verde en primavera.

Serguéi ordenó a su chófer que le tuviera preparado el Aston Martin Vanquish en veinte minutos. Pese a lo copioso de la nevada, los accesos hasta la puerta no presentaban traza alguna de nieve. Un sistema subterráneo de calefacción impedía a nieves y hielos asentarse en el tramo que separaba el garaje de la entrada principal. Y en el exterior, las autoridades ya se cuidaban de despejar las calles antes que en ninguna otra zona de la ciudad, que para eso les sobornaban jugoso sus residentes. Qué gracia tenía ser millonario si no se disponía de todos los privilegios que el dinero podía financiar. Pocos contratiempos conocía que no pudiesen ser sorteados con su concurso. De entre su cohorte, solo Larissa se zafaba del despliegue de lujo y de una amabilidad casi babosa que Serguéi ponía ante sus pies y ante sus abruptos pechos naturales. Pero sus elegantes noes impronunciados lo irritaban más que los malos resultados que arrojaba el colesterol en su analítica mensual.

Cuando elegía el Aston Martin, solía conducirlo él mismo. Adquirido apenas tres meses antes, lo exhibiría en el *parking* del Madoscka. En el *spa* más posmoderno de Moscú dejaría transcurrir parte de la mañana entre masaje y *jacuzzi*, en compañía de los de su estirpe, hablando de esto y de aquellas, quizá de arte, de su recién descubierto Caravaggio. En definitiva, baladroneando, ostentando sin rubor, intercambiando información: segunda posesión más valiosa después del propio dinero para un millonario de rango mayor. Se regalaría la mañana al completo. A mediodía se había citado para comer con el titular de los derechos de explotación de una mina de cinc cercana al lago Baikal para intentar adquirirlos.

De camino, llamó a Larissa para invitarla a cenar, pero los tonos telefónicos se extinguieron con la única respuesta de los improperios

de Serguéi, que rebotaban en el cuero y en las maderas nobles del Aston Martin. El vehículo hizo un par de extraños sobre la nieve al sentir la brusquedad de unas manos rebosantes de la ira de los caprichosos cuando reciben la indiferencia como única alternativa a su insistencia.

«CUALQUIER DÍA VOY A TENER que limpiar a fondo todo esto y tirar lo inservible». Llevaba diciéndose lo mismo ni recordaba desde cuándo, pero la depuración no solo no llegaba, sino que se iban acumulando más y más cachivaches de dudoso empleo de procedencia desmemoriada. Y lienzos, una caterva de lienzos que igual empapelaban que alfombraban paredes y suelos.

El ático olía como huelen las ciudades del sur de Asia tras demasiados días sin viento: a conglomerado sin ventilar, pero también, por separado, a indolencia, a protolocura, a pintura en todas sus fases evolutivas, a aguarrás, a color sepia, a tiempo encerrado. Olía como huelen las soledades lentas y convincentes, como huelen los áticos de aquellos que han decidido huir de su familia para preservar su yo extremo e indivisible.

Si el ático de Piero Merisi no sufría el síndrome de Diógenes se debía a los esfuerzos de Antonietta di Canale, que cada jueves

acudía hasta via Frattina, subsidiaria de la via del Corso, para reparar los desperfectos ambientales que la dejadez endémica de Piero ocasionaba a la vivienda. A las labores básicas de limpieza se añadían el amontonamiento de todo trasto que no fuera lienzo, recomponer el orden de lo ordenable, cocinar cualquier cosa y congelarla. Y ventilar, para que las atmósferas de las estancias no acabasen por cosificarse e impedir el tránsito entre ellas.

En la primera semana de su ingreso como dama de la limpieza a tiempo parcial, quiso también reagrupar los lienzos. No se atrevió con los que casi ocultaban el estudio, pero sí con los que colonizaban el resto de la casa. Cuando Piero regresó a su dominio inmobiliario y se encontró con el nuevo orden, le estalló esa cólera que se agazapa en los obsesos cuando atentan contra su obsesión. Y Antonietta entendió que para conservar el empleo debía conservar el desorden de los cuadros. Y como el sexagenario largo le pagaba el doble que el resto de sus patronos, aprendió a jugar a la rayuela por pasillos y habitaciones para no desubicar los cuadros.

Piero madrugaba lo mismo que el sol. Acomodaba sus hábitos de sueño a la sonatina de las estaciones. Sin embargo, los jueves contravenía su propio son biológico y salía de casa antes de que la puntualidad presolar de Antonietta lo pillase en pijama. Cada día, inexorablemente desde hacía tres décadas, fuera laborable o festivo, Piero Merisi enfilaba la via Frattina hacia sus invariables destinos: la galería Borghese, la Barberini y rara vez la más alejada Corsini, ya en el Trastévere, o algún esporádico o coyuntural reducto pictórico de la ciudad. Invariablemente Roma como marco, como bastidor, como trípode de su soledad hecha pintura.

Dependiendo de los encargos y del ánimo, con los años Piero había aprendido a desobedecer al apremio de sus jefes y marcar su propio paso iconoclasta de pincel. Valiéndose de su maestría

acumulada de copista, había conseguido hacer prevalecer su calma de pintor sin vientos dominantes sobre las urgencias de las partes contratantes con dinero. No resulta fácil domesticar la velocidad ansiosa del capital. Los gerentes de las galerías advertían a los clientes interesados en adquirir una reproducción de alguna de las obras de sus locales que se aprovisionaran de la paciencia de los patriarcas bíblicos si querían que la encomienda la ejecutase el mejor de los copistas de Roma, que no era otro que Piero Merisi. Máxime si la reproducción solicitada poseía la autoría del Caravaggio.

Quizá lo condicionase su apellido Merisi, azarosamente el mismo que el del maestro milanés, o acaso existiera un determinismo pictórico o una inclinación subconsciente hacia la obra de aquel genio del Barroco, pero, fuera cual fuera la concordancia, la especialización de Piero en Caravaggio arrojaba resultados sorprendentes ante todos los ojos que no fueran expertos ya no solo en arte, sino en el Merisi más insigne de todos los tiempos.

Piero había conseguido que la copia de *San Juan Bautista* confundiera a más de un diletante cuando el director de la galería Corsini se avino a yuxtaponer original y copia durante tres días, tal era su grado de virtuosismo. No obstante, Piero no ignoraba que existían algunos aspectos de los óleos que resultaban imposibles de reproducir con exactitud, minucias técnicas si se quiere, pero que resultaban indescifrables para ojos poco avezados. Sabía Piero que ninguna réplica contemporánea resiste otro análisis que el visual para establecer su autenticidad respecto de la obra original. Pero lo que para un restaurador se presenta como un juego de niños, puede confundir, y confunde, al espectador profano.

Hacía más de tres años que Piero había finalizado la empresa de reproducir, para sí mismo, las dieciocho obras de Caravaggio que cuelgan de ordinario en los museos de Roma y la Ciudad del

Vaticano (los emplazados en las iglesias, por sus dimensiones, no los había abordado), pero, cuando le comunicaron que Las Caballerizas del Quirinal albergarían durante cuatro meses una antológica del maestro, se sacudió aquella vejez que le iba apergaminando lentamente y se pidió un postre para completar el menú de su vida pictórica. Nada menos que veintitrés Caravaggios juntos penderían de los muros del Quirinal, en su misma Roma, a pocos minutos andando de su via Frattina. Veintitrés Caravaggios, veintitrés, se repitió una y otra vez con el sonsonete de los incrédulos, el día que tuvo constancia de la primicia.

Durante los meses que permaneció abierta al público la antológica, a Piero solo le dio tiempo a recrear con su pincel mimético a *Baco*, que descansaba de ordinario en los Uffizi de Florencia, y a *Los músicos*, albergados por el Metropolitan neoyorquino. Eligió estos dos porque había soñado someterlos a su pincel, como se sueña con acostarse con las mujeres ajenas que huelen a infinito, o con jugar a las canicas en algún cráter infantil de la luna.

El director de la Borghese intermedió para conseguirle la autorización del comisario de la exposición para que pudiera habitar en la sala cuando no hubiese público potencialmente arremolinable. Y así, con la única presencia de la mirada de los vigilantes y las cámaras de seguridad del Quirinal, Piero consiguió recrear los juegos de luces y sombras de dos de las obras cimeras del pintor más irreverente, técnica y conceptualmente, a su juicio, de todos los tiempos.

Sin embargo, como *Los músicos* no conseguían sonar del todo armonizados en las cerdas de Piero, y el tiempo se abatía sobre su tardanza, solicitó una gracia temporal, una prórroga horaria para concluir el lienzo. Minucioso como buen copista, maniático como todo solitario, quisquilloso como todo aspirante a anciano, per-

feccionista como todo virtuoso, Piero sabía que, en caso de no obtener la reproducción a su gusto, tendría que arrojar la tela a los pies de Antonietta para que la patease, por orden expresa, hasta lo irreconocible, hasta dinamitar su frustración. Piero pertenecía a esa clase de copistas que necesitaban mirar de frente al original para conseguir la máxima simetría. No era capaz de imitar de otro modo.

De nuevo medió el director de la Borghese y obtuvo la dispensa del comisario de la antológica para que a Piero se le dejara pintar día y noche, con la singularidad de que debería compartir su espacio con un público interminable al que se le había permitido la entrada nocturna el último fin de semana de la exposición. Permaneció Piero de pie más de dos días. Sin apenas descanso. Dividiendo sus ojos entre el Caravaggio auténtico y el impostado. Sin apenas comer. Alguna manzana, algún plátano para recuperar los niveles de potasio en sangre. Algún episodio leve de hipertensión. Algún acceso de visión borrosa. Y algún estimulante que tomó de manos del mismísimo comisario, sin preguntar su procedencia, y que lo euforizó como no recordaba.

Más de dos días en los que su réplica recibió más miradas que el original. Más de dos días de asombros generalizados ante lo inverosímil de la reproducción. Más de dos días de cuchicheos, de apelonamientos en torno a su caballete, de admiración, de idolatría, de preguntas curiosas a las que Piero no dio ni una sola respuesta, ni siquiera compuso una sonrisa agradecida ante tanta fama aluvial sobrevenida sin buscarla.

Afinados definitivamente *Los músicos*, yacentes desde hacía tres días en el suelo de su pavoroso estudio, todavía las constantes vitales y mentales de Piero Merisi no habían recuperado los valores previos al atracón. Le irrumpían arcadas de recuerdos de los miles

de rostros que lo circundaron durante esos más de dos días y sus cinco noches correspondientes, que tantas le parecieron.

Japoneses de pelos astifinos, alemanes con panzas de ogro, paisanos sin otro distintivo que su tono elevado de voz y esa insolencia añadida que concede el saberse en casa; españoles con cara de fandango, inglesas feas como alambradas, franceses decadentes, portugueses susurrantes. Y un par de inconfundibles rusos. Trajeados como si fueran de Milán. Uno grueso, el otro alto, altísimo, más bien, delgado como un filamento. Ambos se mantuvieron impasibles como moáis durante tres horas o más (Piero llegó a perder el sentido del tiempo), en una misma posición discretamente retirada del lienzo. Apenas si pudo ver, que no escuchar, unos breves intercambios de conversaciones, siempre con las manos protegiendo las bocas, para amortiguar todavía más el cuchicheo. Respetuosos como ninguno. Quizá Piero les enarcase las cejas una vez en señal de agradecimiento por la persistencia de sus buenos modales, pero no podía asegurarse a sí mismo el haber realizado el detalle gestual. En cambio, sería capaz de reconocer sus rostros en cualquier latitud, bajo cualquier ventisca. Piero Merisi poseía el don de la memoria fotográfica en asuntos de fisonomías. Si se fijaba en una lo suficiente, ya no le era posible olvidarla. Evocó la aparición de un tercer ruso inconfundible, que se dirigió a la pareja, con el dedo percutiendo repetidamente sobre la posición de un reloj en la muñeca. Al poco, el que había sido referido por el recién llegado como Serguéi (fue lo único que Piero entendió) se despidió de él con una levísima inclinación de cabeza y un rictus que buscaba ser sonrisa.

A distancia, un español desgalichado y rubio, pendiente aún de ingresar en la treintena, casi apostado entre *Amorcillo durmiente* y *San Juan Bautista*, contemplaba con avidez la escena sin aparentar interés.

3

DARKEN

HYDE PARK TODAVÍA CONSERVABA en las zonas sombrías una fina capa de escarcha. Hasta media tarde, con la llegada prevista de un frente cansino desde la cocina del oeste, no se esperaba ninguna cobertura sobre el cielo londinense, de habitual divorciado del azul en los meses de invierno. El sol se presagiaba zalamero en su cénit modesto, y esa condición solía aportarles a los lechosos capitalinos algunos miles de hematíes extras. No eran pocos, entre los que tenían costumbre, los que tomaban una pinta de más en los mediodías con sol.

La magnitud del parque más famoso de la isla permitía albergar esa mañana a no menos de trescientos corredores populares cuando el Big Ben aún no había podido con las nueve. Los había de todos los trancos y vestuarios. Desde el junco con mallas y camiseta a juego, apretado como una pescadilla, sin cortavientos, para exhibir su aerodinamismo, hasta la mujerona con chándal de